

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 5 de

Junio de 1890.

Precios de suscripción.
 Barcelona un trimestre adelantado; un peseta fuera de Barcelona un año, id. 4 pesetas Extranjero y Ultramar un año pd. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
 Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripción
 En Lérida, Mayor 81, 2.º.
 Madrid, Valverde 24, por la izquierda.
 En Alicante
 Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Historia terrible.—Carta á una indiferente.

HISTORIA TERRIBLE.

Imitacion de Ana Radcliffe.

Al llegar á la cumbre de la colina, el viajero tuvo que detenerse: el corazón le latía tan violentamente que hubo de arrimarse á un árbol para no caerse. Después de veinte años volvía á ver aquellos sitios nunca por él olvidados y llanto de amor se agolpaba á sus ojos. ¡Que bien se divisaba desde allí el pueblecito en un vallecito rodeado de no muy altas montañas tantas veces por él recorridas! y mas allá se dibujaba claramente el bosque de vetustos helechos, en los cuales nunca fijaba el caminante su atención cuando por ellos trepaba y causábanle ahora tanto respeto. No habia cambiado el paisaje, no; la mano del hombre no habia variado nada, la naturaleza tampoco; el progreso no habia hecho oír por aquellos contornos su divina voz. Si el viajero hubiera vuelto á su terruño después de un año, lo hubiera encontrado tal como lo dejó, tal como lo encontraba á los veinte, tal como lo encontraría si tardara cien. De fijo decia el recién llegado que es el mismo párroco el que oficia ante los pintarrajeados altares y que le ayuda el mismo sacristán aquel de marras con quien él y sus compañeros andaban alguna vez enemistados. ¿Y la casita donde nació? Ya el sol empezaba á ocultarse, pero sus rojos destellos envolvían é iluminaban todas las cosas; él la buscó con la vista y la encontró; tal vez era ilusión, pero creyó notar que una columna de humo salió por la vieja y negra chimenea; sus padres estaban pues allí, no habian muerto, el agradecimiento inundó su pecho. ¡Ah! como con su presencia iba á regocijarles, como con la modesta fortuna que traía, iba á cuidar de sus últimos días sin que los pobres viejos tuvieran ya pesadumbre por lo presente, ni zozobra por lo porvenir. ¡Y él tambien cuan feliz no seria buscando la calma de sus jóvenes años ya pasados, no por el tiempo, sino por las fatigas y los sinsabores, en la amistad y en el cariño filial. Pensaba construir una casita modesta, pero cómoda é instalarse en ella con sus padres; tenia intención de comprar tierras y enseñar á los rutinarios labradores de que modo habian de cultivarlas para que rindieran frutos en abundancia; tambien pensaba fomentar la cria de animales para que prácticamente se viera cuan maravillosamente ayudan á vivir al hombre; no se le olvidaba tampoco poner los medios que á su alcance estuvieran para dotar al pueblo de una escuela y de un maestro,

elementos necesarísimos de que siempre careció; el emigrado se sentía tan contento, tan feliz y de tal modo amaba á la humanidad, especialmente la que se concretaba á su lugar que queria hacer su dicha extensiva á todos y cual otro Mahoma ardia en deseos de ilustrar, civilizar y moralizar á aquellas rústicas gentes. Con estos nobles pensamientos bajó la costezuela dando por bien empleados sus veinte años de destierro, sus mil contratiempos, penas y desengaños. El sol no lanzaba ya sino débil claridad; cuanto mas el viajero se acercaba á su casa mas le dominaba la emocion. Faltábanle algunos pasos para llegar cuando vió una mujer en la puerta: él la reconoció inmediatamente, se precipitó en sus brazos gritando con toda la efusion de su alma. ¡Tia de mi corazon!

¡Ay! Juan ¿eres tú? dijo la buena mujer.

—Si yo soy ¿y mis padres?

—Tus padres no viven aquí yo soy quien habito la casa.

Una sospecha horrible cruzó la mente de Juan ¿Han muerto? balbuceó

No, no han muerto; pero entra, todo te lo contaré; pues los pobres están ~~no~~ mal; les embargaron la casa y yo porque la vivienda de nuestros abuelos no fuera á parar á extraños, empeñé el campo y me metí en ella. Tus padres se fueron á la posada de Pedro Rocha, que ya la tenia abandonada por vieja y porque nadie iba: allí están hace cuatro años poco menos que muriéndose de hambre, porque todo ha ido tan mal en este pueblo que ya no pasa por él ningun arriero, y de verse tan pobres y tan abatidos tu padre y tu madre, se han vuelto tan hoscos y tan huraños que no hay quien los trate.

Emocion dolorosa se retrataba en el rostro de Juan á medida que la tia hablaba cuando esta acabó no pudo mas que murmurar. Bien ya han concluido de padecer, traigo dinero.

—Bendito sea Dios, bien lo necesitan, pero dí, Juan, ¿porqué no escribiste?

El se quedó mudo. Es verdad ¿por qué no escribió? Los primeros años por ignorancia, por falta de sentido moral y luego cuando se civilizó, cuando comprendió que tenia conciencia y corazon, la injusticia de los hombres, el excesivo trabajo, la vida azarosa que llevaba, le quitaron la idea que tenia de escribir, poco seguro como estaba de recibir contestacion. Viviendo en un círculo muy diferente de aquel en que nació, llegó á entender que hasta los mismos sentimientos maternos necesitaban educacion, que los desarrollára y vivificára, sin cuyo requisito el amor de los padres es poco mas que instinto. ¿Porqué no entras? preguntó la tia viendo que Juan seguia callando.

—Prefiero ir á casa.

—Pues aguarda, yo te acompañaré con una luz, el camino está malo y la noche oscura. Y diciendo y haciendo la mujer entró y á poco salió con un farolito cuya escasa luz apenas alumbraba mas allá de los pies. La posada estaba á un cuarto de hora del pueblo. La tia iba hablando de la enfermedad de este vecino, de la muerte del otro, de las peripecias de un tercero, del casamiento de un cuarto, pero Juan no la escuchaba, otro era el curso de sus ideas. De pronto interrumpiendo á su tia le dijo. Tia, ¿Cree V. que mis padres me conocerán?

Ella levantó el farol hasta el rostro de su sobrino y le aseguró que no porque estaba muy viejo y muy cambiado.

Juan suspiró: no tenia mas que treinta y cinco años, pero lo enjuto de su cuerpo, lo tostado del cútis, su poco pelo, su canosa barba dábanle el aspecto de un casi sexagenario, todo esto le habia costado la adquisicion de su peculio.

Pues bien, tia, replicó, no me acompañe V. mas, quiero dar una sorpresa á mis

padres. A la mujer parecióle bien la chanza y se retiró; él aceleró el paso y pronto estuvo delante de la posada. Era un casuchon que amenazaba ruina por los cuatro costados. Cogió él una piedra y llamó; enseguida, por un agujero mas que ventana asomó una cabeza de mujer.

¿Hay posada? Si háy fuéle contestado y minutos despues una mujer con un candil en la mano abrió la puerta, Juan se sintió dolorosamente impresionado, aquella era su madre, él la reconoció; pero en que estado! Unas malas abarcas le preservaban las plantas de los pies, su saya burda casi con tantos andrajos como remiendos habia tenido, dejaba al descubierto unas piernas negras, flacas, sucísimas, mientras una camisa de estopa, mal oliente y de color indefinible dejaba ver un cuello huesoso, de color antes de hollin que de tierra: unos cuantos cabellos ni rojos, ni blancos, ni negros, pero si muy rebeldes y encrespados caian sobre la nuca y un mugriento pañuelo rodado alrededor de las orejas tapaba sin duda una repugnante calvicie. Juan sintió una angustia inmensa, bajo aquella corteza tan ruda ¿que inteligencia, que sentimientos podian abrigarse? ¿Donde está el posadero? preguntó.

Allá voy contestó una voz de adentro añadiendo una palabra soez. Y al instante saltó en la sala el padre tan desharrapado y tan repulsivo como su mujer. Los dos quedáronse plantados delante de Juan mirándole con ávida curiosidad; su mirada escudriñadora parecía querer decir: ¿Cuánto le sacaremos á este huésped? El hijo con rápida intuicion lo adivinó así es que se limitó á decir: la cena. Marido y mujer se miraron, no era lo que habia en la casa para tan notorio personage; él lo comprendió tambien y para salir de apuro dijo: Pués bien me acostaré: Sin hablar palabra, la mujer despabiló otro cándil y dándole á Juan, indicó á Juan que la siguiera; hízole subir una escalera cuyos peldaños parecían no poder resistir mas pisadas, tal se deshacian al sentar en ellos los pies. La posadera empujó una puerta y dijo: aquí es. Entró él y ella se retiraba cuando él la llamó. Acudió y preguntó ¿Que hay? Juan se estaba quitando un ancho cinturon. Entrególo á su madre diciéndole: Guárdemelo hasta mañana; esta puerta no me parece muy segura. No hay otro huésped en casa contestó la mujer. No importa, prefiero que lo guardéis vos replicó Juan casi alegremente, ahí traigo parte de mi fortuna, porque soy muy rico.

La posadera tomó el cinturon y sin casi dar las buenas noches se fué. Quedó solo Juan y no pudiendo hacer otra cosa en aquel mísero cuarto empezó á desnudarse. Aun siendo la mejor habitacion de la casa era digna de sus dueños. El suelo que un tiempo había sido de yeso estaba hecho polvo; las toscas paredes sustentaban dos cuadros representando el uno á Jesús y el otro á María, ambos grotescos, chillones, ridículos, capaces de hacer perder la devoción á un artista, no tenían cristales y las moscas los habían cubierto de inmundicias. Dos sillas, una cama de tabla con un triste jergón de casi molida paja completaban todo el ajuar. No debió ser peor el aposento que ocupó D. Quijote en la venta despues de la aventura sin ventura de los yangüeses. El calor era sofocante: apagó Juan la luz y se acostó, pero no podía dormir. Toda la alegría que sintiera allá en lo alto de la colina al divisar á su pueblo habíase trocado en profunda tristeza y en mortal angustia, por lo cual se acriminaba amargamente. ¿Pues que decía hablando consigo mismo, no sabia yo que así eran mi padre y mi madre, de que me sorprende? ¿Qué frutos han de producir la ignorancia y la miseria sinó embrutecimiento y bestialidad; si me hubiese yo quedado en el pueblo, que seria de mí á estas horas? estaría poco menos que mis padres ¿quién sabe aun si no pudiendo levantarlos hasta mí, bajaré yo

hasta ellos? Pero no, yo no quiero descender á su nivel y si no desciendo ¡cuánto sufriré! Un mundo de dolores morales se presenta ante mí; ¿quién sabe si mas me hubiera valido quedarme rústico é ignorante? pero, no.... no debe pesarme el haberme intruido é ilustrado acerca de cosas y personas, el ideal de la humanidad debe de ser arriba, siempre arriba.

Estos pensamientos molestaban al pobre Juan y quitábanle el sueño: recordaba su rústica infancia, su azarosa juventud, las peripecias de su vida, el porvenir que le aguardaba y muchas cosas mas. El lecho no era tampoco lo mas apropósito para lograr el descanso, sin embargo hácia las dos de la madrugada, rendido por tantas emociones se durmió.

Tampoco abajo dormian los viejos como otras veces. Ella había enseñado el cinturón á su marido, tuvieron la curiosidad de contar las monedas y aquel oro pasando y repasando entre sus dedos excitó altamente su codicia, la mujer lo sabía contar, él tampoco sabía á punto fijo la cantidad que aquel dinero representaba. pero declaró que ninguna pieza (y no andaba desencaminado) bajaba de cuatro á cinco duros; pasaban de cien las monedas, de modo que entre todas se aproximaban á quinientos duros; ¡Quinientos duros, que fortunón! Jamás los desdichados posaderos habian visto tanto valor junto. ¡Cómo á tenerlo ellos, acabarian en paz sus dias! Una idea horrible penetró en aquellos cerebros no de mármol sino de tosca piedra. Si pudieran apropiarse el dinero! pero ¿cómo? huir con él ¿á donde irian, si no habian andado nunca cuatro leguas mas allá de su terruño? ¿Negárselo al huésped? Buena se armaria. Toda esta conversacion tenía lugar en la cama, en voz muy baja y entre tinieblas. Por fin él se levantó encendió un candil y sentóse cerca de la cama; entre sus tablas y el saco de paja estaba el cinturón y una cinta de él aomaba por fuera. El hombre alargó la mano y lo sacó, vaciólo con tiento y otra vez las doradas monedas brillaron entre sus callosas manos. Contólas. Si, eran ciento treinta; la mujer siempre acostada las miraba fascinada. Los malos espíritus hacian allí su oficio. El volvió á guardar las monedas y tirando la cintura con rabia encima de la cama exclamó airado: Para que esto sea nuestro no veo mas que un medio, es despachar su dueño al otro mundo, los muertos no hablan. La mujer se horrorizó; tuvo miedo y se tapó el rostro con la arpillera que les servia de sábana. Pues entónces murámonos de hambre, prosiguió él; sin comer no se puede vivir y nunca comemos lo que tenemos gana; lo que es así no viviremos noventa años como el tío Patas. La mujer se atemorizó por otro estilo; no soñó nunca en quitar la vida á ningun semejante, pero morir ella le daba horror: no hay apego comparable al apego que tenía á la miserable existencia que arrastraba; á él le sucedia lo propio y como á ambos á todos los espíritus atrasados en quiones la materia predomina casi completamente sobre el espíritu. ¿Y si la justicia nos prende? se atrevió á decir la posadera.

En este pueblo no hay justicia, tendrian que venir á prendernos de fuera; ademas ¿quién lo ha de saber? El viajero vino solo, ya recuerdas que no oimos mas pisadas que las tuyas, lo enterraremos y nada mas.

La posadera temblaba como una azogada. Su inteligencia era tan obtusa como la de su marido, pero al fin como mujer habia en ella alguna menos fiereza que en él, si bien su conciencia era nula. Los dos permanecieron callados algunos minutos. Pronto amanecerá interrumpió el hombre, serán ahora las tres, si no me acompañas voy solo. Y diciendo esto se dirigió hácia la puerta. La mujer se tiró de la cama y fuése tras el. Al pasar por la cocina tomó un gran cuchillo y una rodilla; subieron los dos con mucho tiento y se aproximaron á la puerta, pausada é igual

respiración les advirtió que el huesped dormía. Entraron amortiguando la luz con la mano. La mujer saltó sobre el lecho y oprimiendo á la víctima con todo el peso de su cuerpo, púsole la rodilla encima de la boca obligándole á volver la ladeada cabeza colocándola enteramente plana. Inmediatamente brilló el acero; la mujer cerró los ojos para no ver; el hombre no dió mas que un corte en la garganta; había degollado muchos carneros y con la misma pericia degollaba á un hombre sin darse cuenta del espantoso crimen que cometía y no es que hiciese el mal por el solo gusto de hacerlo; tanto él como ella no habían causado daño en su vida; no comprendían ni el bien, ni el mal, vegetaban en ese estado que podríamos llamar de infancia humana en que el hombre no ha visto nada, no puede comparar, no aprecia el orden de las cosas morales, ni siquiera de las materiales, no aborrece nada; no ama tampoco y reducido puramente á los instintos físicos, solo cuanto á ellos se opone puede hacerle salir de su letargo defendiéndose como una fiera. Tal era el caso de los padres de Juan. En cuánto á él, espíritu adelantado intelectual y moralmente había escogido la prueba que mas cuadraba para el saldo de ciertas deudas y su progreso. La prueba fué terrible desde los primeros años de la infelís víctima. Emigró muy jóven de su pueblo porque instintivamente se encontraba mal en aquel círculo de animalidad; pasó en tierras extrañas muchas, muchísimas vicisitudes y al fin de ellas pensó descansar en su terruño al amor de sus padres y al suave calor de la amistad, quería resacirse de sus pasadas desgracias derramando el bien á manos llenas. Tributemos un recuerdo á Juan y á sus nobles y levantados propósitos; Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

En cuanto la posadera comprendió que su marido había terminado, casi sin abrir los ojos, dejóse caer por los piés de la cama y bajóse á la cocina; el marido limpió la hoja del cuchillo con la rodilla, cerró la puerta con llave y se fué á donde estaba su mujer. Colocó el homicida instrumento en su acostumbrado sitio y sentóse junto á ella que enseguida le preguntó: ¿Qué haremos?

—Pues lo mejor es hacer un hoyo grande léjos de aquí, al pié de un árbol y enterrarlo.

—Pero ahora no puede ser porque ya es de día.

—Dejémoslo para la noche, dijo él tranquilamente, y levantándose fué á buscar el cinturón, ¿Vés? le dijo, todo este dinero es ahora nuestro. Sí, dijo la mujer y cuando venga la feria me compraré dos camisas y una saya.

—Y á mí calzones y un cochino para engordarlo y comérnoslo.

—Y también compraremos estiércol que como no hay caballerías en este pueblo, no recojo apenas.

—No habrá necesidad de comprarlo que ya nos lo dará el cochino, si acaso tendremos dos.

—Pero se nos acabará el dinero con tanta compra.

—¡Oh! no hay cuidado, replicó él con aire satisfecho, tenemos dinero para muchos años.

En estas operaciones de gran banca estaban cuando llamaron á la puerta. Sobresaltáronse los dos. Serenóse primero él y dijo:—dí que no hay posada. Ella mas perspicaz contestó:—eso no puede ser. ¿Acabareis de abrir? gritó de afuera una voz bien conocida. —Es Petra, se dijeron. Y sin hablar mas palabra bajaron los dos y descorriendo el cerrojo dieron paso á la impaciente hermana que al verlos exclamó: ¿Cómo se conoce que vais á darme buenas noticias, que los dos bajais á recibirme. Marido y mujer se miraron sin chistar.—¿Porqué estais tan callados prosiguió Petra, no me decís nada del huesped de ayer? Ellos se miraron esta vez

estupefactos.—¿Pero qué hay? Nuevo silencio. La mujer impaciente tomó la escalera. —No subas, no; exclamó con terror su hermana agarrándola por el brazo. Petra sorprendida se volvió y echó de ver la descomposicion, la terrorificacion de las dos fisonomías; mirólos de piés á cabeza y una sospecha horrible cruzó por su imaginacion: él tenia el velludo brazo, cerca ya de la muñeca, un poco ensangrentado y ella mostraba el desnudo y curtido pecho algo salpicado tambien. ¡Desgraciados! exclamó, lo habeis muerto y era Juan vuestro hijo.

Momentos despues la justicia se personaba en el lugar del delito y horas mas tarde los dos parricidas vigilados estrechamente eran conducidos á la ciudad donde debian ser juzgados. Por suerte para ellos, el juez que debia sentenciarlos era un espíritu como pocos; su corazon no se habia endurecido con el trato constante de los malhechores y aun con los mas empedernidos siempre suavizaba la ley; puso de acuerdo con el abogado que debia defender tan triste causa y entre los dos acordaron salvar aquellos desgraciados. Y en efecto fundándose en que los acusados ignoraban completamente que la víctima fuése su hijo, apoyándose en la desdichada condicion del pueblo que jamás tuvo maestro, en vias de comunicacion ni nada que pudiera instruir y moralizar á sus habitantes y achacando casi todos los males de la sociedad á la ignorancia, el tribunal vino en la cuenta de que no era posible exigir al salvaje ó al hombre embrutecido por la falta de instruccion y por la miseria la responsabilidad de un hombre conocedor de sus derechos y de sus deberes, por lo cual el padre fué condenado á dos años de presidio y la madre á uno de galeras, pasado cuyo tiempo saldrian ambos de la penitenciaría para acabar sus dias en una casa ni bien asilo, ni bien casa de correccion, aunque de las dos cosas participaba.

El juez que salvó la vida á los dos infelices, vivió muchísimos años y casi ochenta llegó á conocer el espiritismo abrazándolo con todo el entusiasmo de una alma sedienta de justicia. Un dia ocurrióle consultar los espíritus sobre el extraño caso que hemos referido y hé aquí la conversacion que entre él y los desencarnados pasó.

P. ¿Hice bien en salvar á aquellos dos parricidas?

R. Ciertamente, tu conciencia te lo dice.

P. ¿Luego creéis que la pena de muerte debiera borrarse del Código?

R. ¿Puedes dudarlo? Ni en nombre de Dios, ni en nombre de la sociedad hay derecho para abreviar la encarnacion.

P. Sin embargo poco debieron progresar aquellos desdichados, porque no sintieron nunca remordimientos. ¿No hubieran adelantado mas en el espacio?

R. No. Estando tan apegados á la materia, la separacion violenta de ella, les hubiera conducido á la desesperacion. ¿Qué sabes tú lo que sintieron en su prision. La madre tuvo mucho pesar de haber muerto á su propio hijo: esto era ya algo cercano del remordimiento.

P. ¿Cómo están ahora esos espíritus?

R. Mal, son muy atrasados, Juan vela por ellos.

P. ¿Le conocen, me conocen á mí?

R. No, pero mas tarde os conocerán y os prestarán grandes servicios; no podemos prescindir de auxilios pequeños.

P. ¿De modo que esos espíritus nunca han sido inteligentes en ninguna encarnacion?

R. Nunca.

P. ¿En que consiste que hay personas de tantísimo talento y tan atrasados moralmente.

R. La mayor parte de esos individuos confiesan el bien allá en el fuero interno de su conciencia, pero no lo practican porque perjudicaría su orgullo y su egoismo.

P. ¿Y los que sin tener la menor nocion de instruccion, son buenos ¿por qué hacen el bien si no lo conocen?

R. Esos espíritus no han sido siempre tan tontos como ahora. Tened en cuenta

que el adelanto intelectual ha de preceder necesariamente al moral. La inteligencia es luz que alumbra el camino de la virtud, por lo tanto el virtuoso ha sido inteligente si en lo presente no brilla por sus facultades, es porque le conviene: sin duda le faltaba humildad y viene á adquirirla en un centro modesto. ¿Crees tú co-a fácil vivir adulado y halagado sin envanecerse. Solo con una encarnacion oscura y otras mas y otras ciento y asentando en todas ellas rudísimos golpes á vuestro orgullo, es como llegais á poseer esa virtud, la humildad, tan indispensable para entrar en el reino de los cielos; pues ya lo sabeis solo aquel que se humilla será ensalzado.

MATILDE FERNANDEZ DE MARTINEZ

CARTA Á UNA INDIFFERENTE.

Me aconsejáis, señora, que sea indiferente por todo y hácia todo. Agradezco, pero no acepto ese consejo.

Tratáis de convencerme de que puede vivirse muy bien sin opinión, sin creencias, sin amor, sin amistad y sin esperanza. En vano insistís: vuestros esfuerzos todos se han estrellado hasta ahora, y continuarán estrellándose siempre contra la muralla de mi convicción, que me dice, que vivir sin opinión y sin creencias, sería estúpido y tonto; y vivir sin amor, sin amistad, y sobre todo sin esperanza, sería imposible. ¿Qué debo pensar de la imaginación que semejantes consejos dicta?

¡Vivir sin amor! ¡Vivir sin amistad! ¡Vivir sin esperanza!... ¿Estáis segura, señora, de que vuestra razón no delira?

Vivir sin amor es imposible; vivir sin amistad más imposible aún: vivir sin esperanza mucho más imposible todavía; de modo, señora, que al oiros me inclino á creer, ó que empleáis esas palabras sin saber lo que decís ó que deliráis.

Vuestra indiferencia, unida á una terrible desconfianza, os hace dudar de todo y de todos, y, os incomodais cuando sostienen ante vos que en todo y todos hay ó existe: excepciones. Esto está mal hecho, señora. Porque hayáis tenido la desgracia de encontrar en vuestro camino dos ó tres seres malos, no debéis creer, y menos afirmar, que toda la humanidad adolece del mismo defecto. No, no debéis condenar á vuestro rencor y desprecio. desechar á toda la humanidad, porque esos dos ó tres miembros de ella os hayan hecho daño. Oid, señora: Entre las flores del valle, se hallan varias plantas venenosas; ¿prescindiríais de todas esas flores, porque esas plantas venenosas se hallen entre ellas?

Decís, y yo no lo dudo, que el camino que hoy principio á recorrer, vos le habeis recorrido desde el principio al fin, y desde el fin al principio; y, que habeis ido y habeis vuelto sin encontrar en él nada digno de admiracion, respeto ó alabanza. Permitidme que os diga, que si esos resultados habeis obtenido de vuestra ida y vuelta por ese camino, será porque le cruzaríais con la rapidez del pensamiento. ¿Cómo creerlo de otro modo, si yo no he dado mas que unos cuantos pasos por él, y ya he encontrado muchas cosas dignas de admiracion, respeto y amor?.. No dudo, repito, que vos, señora, hayais recorrido hasta el fin, el camino que yo principio á recorrer; mas, permitidme que vuelva á deciros que le habeis recorrido con marcha tan precipitada, que no os llamó la atencion sino aquello que por sí mismo se puso ante vuestras miradas. Sabido es, que lo que por sí mismo se exhibe, no tiene nada de virtud y si mucho de vicio. El vicio es por lo general atronador; los transeuntes vuelven la cabeza para mirarle.

La virtud, señora, no se exhibe nunca; jamás alza la voz; pasa casi siempre oculta en la sombra, con el velo echado sobre el rostro; para encontrarla es preciso desplegar mucho celo, buscar constantente, examinar con atencion... ¿No lo hicisteis así? Pues, he aquí por que no la encontrasteis en ese camino que hoy tratáis de presentar á mis ojos muy otro de como es.

Os engañais, señora, formais un juicio erróneo al suponer que he cometido ó cometo el absurdo de creer que ese camino que ante vos defiendo es completamente perfecto, ó mejor dicho, que sean completamente perfectos todos los seres que en ese camino pueda encontrar; no ignoro que así como la dicha y el dolor, el

crimen y la virtud velan juntos en el silencio de la noche; así como el honor y la deshonra, la humildad y la soberbia, el recuerdo y el olvido, la luz y la sombra, vivan juntos en el mundo, así el bien y el mal se encuentran juntos, no solo en ese camino, sino en todas partes de la tierra; más ¿para qué tenemos en nuestro pecho el corazón? ¿Para que residen en nuestro cerebro la inteligencia y la voluntad? ¡Desengañáos, señora, para el ser que se propone ostentar siempre el título de honrado, ni en ese camino ni en otros existen los peligros de que me habláis. Mientras la cabeza rige todas nuestras acciones, mientras la voluntad reside en el cerebro, el corazón, el espíritu, la palabra, obedecen sin ofuscarse.

Antes de penetrar en este camino, el vicio con su eterna impudencia me tendió sus brazos; tras él con la sonrisa de Maquiavelo en los labios, pude descubrir á su inseparable compañera la infamia, si los encuentro de nuevo, haré lo que hice entonces dirigirles una mirada de compasión y lástima y continuar explorando tranquilamente la senda del bien. Tengo la mas completa convicción de que al fin, en premio á mi constancia hallaré en esa senda la virtud; entonces me detendré, y trataré de comprender esa virtud é imitarla.

Decís que antes de encontrar esa virtud, un abismo de lodo me cerrará el paso y en él quedará sepultada; no lo creo, señora; me conozco bien y se de lo que soy capaz. Si encuentro ese abismo, llamaré en mi auxilio al valor, pensaré en los mártires de la santa causa que defendiendo y me internaré en él, logrando, no lo dudéis, llegar á la orilla opuesta. Quizás de aquel lodo salte á mi ropa alguna mancha. Si así fuese, no sería esa mancha motivo del más leve sonrojo para mí; porque esas manchas, señora, no envilecen. Otras manchas son las que deben sonrojarnos, aquellas, que no ennegrecen nuestra ropa, pero sí nuestra conciencia. Mi ropa es todo lo mas que podrán manchar los diferentes lodos que en el mundo encuentren; mi conciencia no se manchará nunca.

Por último, me decís, que la mujer no debe ocuparse más que de las labores propias de su sexo, y que el soberbio deseo de querer igualarse al hombre, proporciona disgustos sin número. La mujer, señora, después de concluir las labores propias de su sexo, puede y debe ocuparse de algo mas si su inteligencia lo permite.

Todos estamos obligados á prestarnos mútua ayuda.

Esto es, lo que otras y yo hacemos. Ayudamos al hombre, le admiramos, y le seguimos constantemente con nuestra vista, no para igualarnos á él, no para disputarle sus triunfos, no para enarbolar bandera de rebelion, sino para aprender y poder así prestarle cada vez ayuda de más valor. Jamás ha cruzado por nuestra mente el soberbio. "Quien como yo," que nos dicen pronunció Luzbel, ese fantástico personaje de la Biblia; no se nos oculta que á la pronunciación de esa frase sigue casi siempre una inmediata é irremediable caída.

Concluís, no sé con que fin, recordándome las circunstancias que han rodeado la muerte de vários libre-pensadores. Si suponeis que por miedo á que esas circunstancias rodeen la mía, he de retroceder, os engañáis por completo, señora. Esas circunstancias sin que me las recuerden, están siempre palpitantes ante mis ojos, las tengo bien presentes; pero, no porque corra un navío tormenta ó se anegue, han de dejar los otros de navegar.

Tal vez, recordando aquellas palabras de Aristóteles: *«Multis ignorantur quas faciunt aut sin bonæ aut malæ»* ó lo que es lo mismo: "Muchos no saben si lo que hacen es bueno é malo," os dijisteis que yo pertenecía al número de esos muchos, y á pesar de la indiferencia de que haceis gala os dignásteis hacerme indicaciones que agradezco.

Sé donde está el bien, porque soy libre pensadora; sé donde se encuentra con seguridad el mal, porque fui fanática, beata é indiferente, y así como el Cristo dijo; "Mas fácil será que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos," yo termino esta carta diciéndoos: Más fácil será que: trocándose los papeles, se pueble el aire de peces y de pájaros el mar, que yo, libre pensadora ahora y siempre, retroceda en el camino emprendido; mucho menos, para volver á las horribles tinieblas del fanatismo, del catolicismo y de la indiferencia.—**ESPERANZA PEREZ.**